

de su propia persona en la avalancha de militares ambiciosos que hoy se agrupan en torno suyo y a su sombra proclaman con él la inviolabilidad de un principio que los excluye del objeto de sus sueños que es el poder y los condena a la proscripción y la anulación política porque es el más sólido fundamento de la paz y de la vida cívica? ¿Está cierto el señor de la Huerta de no haber puesto en peligro todas las libertades del pueblo mejicano y de no ser él y su alzamiento sino la ocasión para la reaparición de la anarquía y la restauración del despotismo en Méjico?

En nuestra visión de las cosas, lo más urgente e imperioso en la peligrósima situación provocada por la locura de las pasiones y de las ambiciones, es el regreso al estado de paz; pero como esto no sería posible de una manera inmediata por medio de las armas, ni convendría a la concordia y la tranquilidad moral del pueblo mejicano que el conflicto lo resolviera la fuerza, de quienquiera que fuera la fortuna del triunfo, una transacción conciliadora se impone, sobre la base de la estabilidad del Gobierno y una tercera candidatura que tirios y troyanos sostuvieran.

El restablecimiento de la paz sería así instantáneo e incruento. La pacificación y satisfacción de los espíritus sucedería a la ansiedad de la actual situación y a los rencores y virulencias de los antagonismos personales y políticos. No habría vencedores ni vencidos. La transmisión del poder se haría así bajo el reinado de la paz y de la ley y la luz volvería a resplandecer en el porvenir de Méjico.

Esta es la solución que está demandando el patriotismo. Todo el pueblo de Méjico, estamos ciertos, clama por ella. No más sangre, no más violencia, no más barbarie. Es tiempo todavía de rectificar el error de esta guerra y convertirlo en un triunfo de la civilización, en un triunfo de Méjico; en la consolidación de la paz, del Gobierno, de las instituciones democráticas.

Lo que no se hizo para evitar la guerra—, una tentativa de conciliación, con la renuncia de las candida-

turas irreconciliables y su substitución por una candidatura única que representara el acuerdo y la voluntad de todos—, puede hacerse todavía y debe hacerse antes de que sea demasiado tarde. Es el único medio de redimir la deshonor y limitar la catástrofe de esta guerra. Las candidaturas todas han desaparecido con el advenimiento de la guerra, y este hecho facilita la solución pacífica sobre la base de una

candidatura de conciliación. Los árbitros de los destinos de Méjico en uno y otro campo en las actuales circunstancias no deben perder de vista el hecho de que un triunfo militar de quienquiera que sea no producirá sino una paz precaria, y que la mayor necesidad de Méjico es una paz estable.

JACINTO LÓPEZ.

(*La Reforma Social*. Habana-Nueva York).

Misía Plájedes

Hoy ha venido a decirme una mujer que misía Práxedis González, la enfermera de la región, está de muerte, y que sólo le queda en dolor irse de esta vida sin haberse comido una mazamorra de harina de trigo.

Misía Plájedes, como la llaman las gentes sencillas, era para este vecindario el recurso de todos los enfermos y de todas las mujeres achacosas.

Cuando alguna necesitaba de ella, solía llevar remedios de su invención, que según su decir eran de una eficacia indudable.

Para ella, el casco de burro era el mejor remedio para los dolores violentos.

Si alguna mujer decía que el niño tenía pulmonía al pecho, en el acto le hacía un sobatorio de guayabo macho y curapo.

Si estaba hinchado, agua de un palo que nunca quiso decir, y lo deshinchaba en dos días.

Cuando el enfermo se *gravaba*, entonces ponía un vaso de agua sobre cualquier cañizo, le hacía dejar las puertas y ventanas abiertas, y se dedicaba a enumerar sus méritos ante un corrillo de labriegos que descuidaban al moribundo para oír a misía Plájedes hacer su apología.

Entonces, por su boca, ya convertida en una nuez de durazno por el puño del tiempo, salían las virtudes de aquel sér expirante, que jamás había tenido quién pusiera atención en sus hechos.

Pero la erudición biográfica de misía Plájedes no se limitaba a los humildes hijos del barbecho únicamente, sino que de sus labios oímos en muchos atardeceres después del trabajo, y mientras chupaba seguido un tabaco de mala clase, la vida del doctor Camacho Roldán en su retiro de *El Ocaso*, la de don Gregorio González, el misógino, y la de don Lucio Rubio, el solitario de *La Tebaida*.

Ella fué la lavadora de la casa del doctor Camacho Roldán, durante la vida del patricio immaculado en estos lugares, y también hablaba con él y le decía sus penas.

El doctor Camacho tenía por los humildes una predilección paternal, y el cariño de ellos le compensó ampliamente su noble deferencia.

Cuando murió, todos fueron a llevar su cadáver a la Sabana, y lo lloraron hasta los más indiferentes al dolor propio.

Misía Plájedes tuvo la dicha de contemplar esa venerable figura en los días de su retiro, y le sorprendía con frecuencia llorando a solas junto a las pequeñas cascadas del río Auplo, cuando la guerra civil ensangrentaba el suelo patrio.

Porque para él, cada combate era una campanada que se daba para sepultar la patria en su disolución.

—Eran muy amigos con don Gregorio González, el dueño de *Anatoli*, me decía en una ocasión; pero jamás se trataron personalmente, porque don Gregorio le hizo saber que él no deseaba que lo visitara nadie.

Le regalaba rosas y frutas, y cuando quería verlo le decía que saliera al patio de la casa para mirarlo por el anteojo. Don Gregorio era un gran señor y un hombre muy ilustrado. Tuvo un desengaño amoroso y juró no volver a mirar en su vida otros ojos que aquellos que le habían hecho la vida amarga. Y no volvió a verlos, ni en más de treinta años vió más rostro de mujer, que el de la autora de su existencia, cuyo retrato tenía a la cabeza de su lecho.

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones
ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÉDICO
VERMÍFUGO
INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE

COSTA RICA